

La historia antigua de Palestina a la luz de las recientes revisiones de la historia antigua de Israel. Aspectos ideológicos y políticos en torno al conflicto palestino-israelí



Emanuel Pfoh*

I

Es innegable que cada manera de interpretar el pasado afecta directamente el presente; precisamente porque siempre interpretamos el pasado desde una situación específica del presente. Sin caer en un subjetivismo absoluto, puede sostenerse con certeza que toda imagen del pasado que nos podamos hacer, ya sea a través de la memoria personal o colectiva de una sociedad como de una rigurosa metodología de investigación histórica, está irremediablemente signada por las condiciones sociales, políticas, económicas, etc. en las que vivimos. En un sentido general, evocamos el pasado de acuerdo con nuestros intereses y necesidades; creamos el pasado para servir

En un sentido general, evocamos el pasado de acuerdo con nuestros intereses y necesidades; creamos el pasado para servir una particular situación presente 

una particular situación presente. No significa esto que, no obstante la elusiva e inalcanzable objetividad de nuestra evocación de situaciones y eventos pasados, la investigación histórica sea un mero ejercicio de creatividad literaria. La investigación histórica crea una imagen del pasado pero a partir de los fragmentos que sobreviven hasta nuestros días: las realidades pasadas no existen más; solamente sus restos documentales o materiales nos quedan. En este sentido, la tarea del historiador se presenta un tanto problemática puesto que debe hacer frente a la ambigüedad de lo interpretado. Así pues, una vez más, el pasado que los historiadores crean a partir de la interpretación de restos documentales

* Alumno avanzado de la Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades, UNLP. Ayudante de segunda en la Cátedra 1 de Historia General, Facultad de Humanidades, UNLP. Integrante del equipo de investigación de historia antigua en el marco de un Proyecto UBACyT, Facultad de Filosofía y Letras, UBA

o materiales nunca será el mismo. Y, también, afectará de diversas maneras las situaciones políticas en donde esas interpretaciones tienen voz. En definitiva, puede sostenerse sin lugar a dudas que *“la construcción de la historia, escrita u oral, pasada o presente, es un acto político”*¹.

La narrativa bíblica no es un documento histórico de primera mano sino que evoca eventos de los cuales no fue testigo y a los cuales no tenemos manera de probar como históricos 

El reciente debate emplazado en los círculos académicos europeos y norteamericanos sobre la historia de Israel en la antigua Palestina ilustra de una manera eficaz estas

consideraciones, especialmente a la luz de las negociaciones y conflictos entre palestinos e israelíes como trasfondo político contemporáneo. A lo largo de la década de los '90, la perspectiva de un grupo de investigadores centrados en la Universidad de Sheffield (Inglaterra) y la Universidad de Copenhague (Dinamarca) no solo alentó la polémica en torno a la historicidad de las narrativas contenidas en el Antiguo Testamento o la Biblia Hebrea (*Tanakh*) sino que dio lugar de manera contundente a una nueva interpretación del pasado de Israel en la antigua Palestina². En síntesis, la convincente argumentación de estos investigadores a través de un método historiográfico crítico sostiene que el pasado de Israel evocado en la Biblia no es histórico sino mítico; y ante la posibilidad de que las narrativas bíblicas evoquen hechos históricos (confirmados extra-bíblicamente), es evidente que esto ocurre de una manera tan distorsionada por la teología de los escribas bíblicos que la utilidad de estos testimonios en una construcción histórica moderna pasa a un segundo o tercer lugar³. Ciertamente, más de 150 años de investigación arqueológica en Tierra Santa no han hecho sino demostrar que la historia de Israel que podemos construir a partir de la información arqueológica y epigráfica de primera mano es muy distinta de la imagen que nos presenta la Biblia de un Israel “nacionalmente” homogéneo invadiendo Canaán, conquistando militarmente la región para, posteriormente, establecer una monarquía poderosa e imperial –un Estado-

1 Whitelam, 1996, 11 (la traducción es mía).

2 Usualmente referidos, estos investigadores, bajo el no siempre correcto o apropiado epíteto colectivo de Escuela de Copenhague. Véase al respecto Thompson, 1992; 1995; 1999; Davies, 1995 [1992]; Whitelam, 1996; 2002; Lemche, 1998a; 2000a.

3 Cf. Lemche, 1998a, 22-34. De hecho, la Biblia posee una homogeneidad como documento histórico que se basa solamente en presupuestos histórico-culturales (religiosos). En términos literarios, los escritos que componen el Antiguo Testamento / la Biblia Hebrea son muy problemáticos, o al menos altamente ambiguos, como para atribuirles un contexto histórico seguro. Cf. al respecto Tov, 2001.

Nación, en los términos de la historiografía tradicional– por varios siglos, hasta la deportación de los israelitas debido a las incursiones militares asirias y babilónicas en la región. Arqueológicamente, no existen evidencias de una conquista masiva del país por parte de los antiguos israelitas; tampoco poseemos evidencias seguras de la existencia de una monarquía poderosa hacia el siglo X a.C. ubicada en lo que hoy constituye Cisjordania; no existen rastros epigráficos de un rey David –exceptuando una recientemente hallada estela conmemorativa que nombra una “Casa de David”⁴– o de su hijo Salomón; Jerusalén y su periferia en el siglo X a.C. era poco más que un conglomerado de aldeas y no la ciudad capital del imperio israelita que nos presenta la Biblia⁵. Si a esto añadimos que recientes estudios textuales datan los escritos que hoy constituyen el Antiguo Testamento hacia los siglos V y II a.C.⁶, esto es, más de mil años después de los hechos que la Biblia describe con relación a Palestina, constatamos que la narrativa bíblica no es un documento histórico de primera mano sino que evoca eventos de los cuales no fue testigo y a los cuales no tenemos manera de probar como históricos.

En suma, arqueológicamente la historia que podemos escribir del antiguo Israel es la de una pequeña entidad sociopolítica en las tierras altas de Palestina, con su centro en Samaria y que existió entre *ca.* 900 y 722 a.C., época esta última en que la zona pasó definitivamente a manos del poder militar asirio⁷. En Palestina, y exceptuando el caso especial del interludio asmoneo⁸, no se volverá a hablar de Israel como entidad sociopolítica autónoma sino hasta 1948 d.C., con el establecimiento del moderno Estado de Israel. Por su parte, la zona de Judá incluyendo Jerusalén, parece experimentar un considerable desarrollo económico y demográfico recién a partir de fines del siglo VIII a.C.⁹, cuando el norteño reino de Israel había perdido autonomía en la región o, simplemente, ya había desaparecido. Ambas regiones, pues, parecen tener una historia distinta a la descrita en la Biblia. En definitiva, las tradiciones bíblicas han sido escritas muchos siglos después de los eventos que sus páginas evocan (¡sí es que estos eventos sucedieron en absoluto!) como para que podamos depositar con seguridad nuestra confianza histórica en ellas, y su

4 De controvertida interpretación, por cierto: al respecto, véase Lemche y Thompson, 1994.

5 Cf. Ofer, 1994.

6 Cf. Lemche, 1993; Davies, 1995 [1992]; Thompson, 1999.

7 Sobre el reino de Israel a partir de la información arqueológica y epigráfica de primera mano, véase Finkelstein y Silberman, 2001, 149-225. Cf. también Liverani, 2003, 117-142.

8 Sobre la revuelta Macabea (167-134 a.C.) y la instauración de la teocracia asmonea (142-63 a.C.), véase Grabbe, 1992, 221-311.

9 Cf. Jamieson-Drake, 1991; Finkelstein y Silberman, 2001, 229-250; Liverani, 2003, 143-158.

propósito reside más en una vindicación religiosa del camino espiritual que deben seguir los verdaderos siervos de YHWH, la divinidad del judaísmo primitivo, que en un detallado informe histórico sobre Israel fuera y dentro de Palestina desde Abraham hasta el Exilio a Babilonia. La historia de Israel presente en la Biblia es una narrativa etiológica, un “mito sobre los orígenes”, es la manera en que los antiguos teólogos judíos de la segunda mitad del primer milenio a.C. se explicaban a sí mismos y a su comunidad religiosa quiénes eran y cómo debían comportarse¹⁰. En la Biblia, pues, no leemos historia, según la entendemos a partir de nuestro pensamiento moderno, sino reflexiones teológicas sobre un pasado cuya historicidad no podemos confirmar.

II

Podemos puntualizar ahora un par de cuestiones relativas a este debate que influyen directamente en la moderna situación política de Israel/Palestina: a) la idea de una nación israelita en la antigüedad oriental del primer milenio antes de Cristo, conjuntamente con b) la suposición de la existencia de una etnicidad definida, capaz de ser identificada en el registro arqueológico, a partir de la cual puede distinguirse de manera precisa la cultura material israelita de la cultura material cananea.

Veremos que ambas cuestiones son usualmente percibidas de manera errónea y la utilización política que en la actualidad se hace de ellas no tiene fundamentos sólidos, ni históricos ni arqueológicos.

a) La idea de una nación israelita en el primer milenio anterior a la era cristiana está marcadamente influenciada por el trasfondo cultural de los primeros investigadores modernos de la historia bíblica. No hay dudas de que el relato bíblico del reino de David y Salomón fue percibido desde fines del siglo XIX en adelante a partir de la idea occidental de Estado-Nación, tal como ésta se manifestaba en la escena política e ideológica de la Europa de ese entonces¹¹. Es explicable, en efecto, que una lectura literal del relato bíblico de la Monarquía Unida contemplara la idea de la consolidación de una nación israelita, diferenciada de sus vecinos, en conjunto con el surgimiento de una formación estatal. No obstante, tal perspectiva conlleva serias dificultades. En primer lugar, el texto bíblico no puede

10 Cf. Davies, 1995 [1992], pp. 72-127, 149-155.

11 Cf. Whitelam, 1996, 122-175; Lemche, 1998a, 1-21. La tierra en la ideología bíblica juega un rol específico en torno a la constitución de un *ethnos* judío en la Palestina helenística que fue posteriormente tomado por la ideología nacionalista del Romanticismo del siglo XVIII e incorporado al programa sionista. Cf. Lemche, 1998b, 17-21. Sobre la modernidad del término “nación” y su significado político, véase Hobsbawm, 2004 [1990].

ser interpretado literalmente. A pesar del esfuerzo de los estudiosos bíblicos de los últimos doscientos años por ofrecer una racionalización histórica de este relato de notable naturaleza mítica, hoy en día está claro que el historiador que utilice la narrativa veterotestamentaria en una reconstrucción histórica del Israel de la antigua Palestina debe hacerlo de manera secundaria, apelando a la corroboración en fuentes externas a los escritos del Antiguo Testamento. Así pues, si confrontamos el relato bíblico del surgimiento del Estado en el antiguo Israel con el registro arqueológico y epigráfico, veremos que dos perspectivas se hacen presentes pero no confluyen. Una de carácter literario y mítico, que nos habla del origen divino del poder real; la otra de carácter arqueológico y epigráfico, la que el historiador puede utilizar con mayor confianza, al ser información que se interpreta de primera mano. El resultado de esta metodología nos indica que en la Palestina de comienzos del primer milenio a.C. no hubo nada que se asemeje a una Monarquía Unida o a un imperio israelita soberano en la región. La entidad sociopolítica llamada *Israel*, atestiguada en el registro epigráfico, recién aparece hacia el siglo IX a.C. y dista bastante de poseer las características de un Estado-Nación. En realidad, la evidencia disponible nos indica que esta entidad muy probable-

mente estaba organizada a partir de lazos de parentesco, y su organización sociopolítica y

En la Palestina de comienzos del primer milenio a.C. no hubo nada que se asemeje a una Monarquía Unida o a un imperio israelita soberano en la región 

jerárquica observaba los lineamientos regulares de las sociedades "tribales", aún observables en el Medio Oriente contemporáneo¹². Hablar aquí de *naciones* o de *nacionalismo* es un anacronismo que puede conducirnos a comprender de una manera equívoca la naturaleza de las sociedades del antiguo Oriente.

- b) Por otra parte, y con relación a lo anterior, la cuestión de la etnicidad en la antigua Palestina es un problema resuelto parcialmente y que no deja de generar controversia. Es sabido que la detección arqueológica de artefactos israelitas o cananeos en el suelo palestino rápidamente se constituye en fundamento para reclamar políticamente la ocupación histórica primera de un territorio en disputa¹³. Sin embargo, es harto difícil

12 Remito al estudio de Lemche (1996) y la bibliografía allí citada.

13 Es realmente un hecho significativo que una de las primeras acciones políticas de la Autoridad Nacional Palestina, poco tiempo después de ser establecida, sea la creación de un Departamento de Arqueología, con sede en la Universidad de Birzeit.

diferenciar la cultura material israelita de la cananea, puesto que ambas contienen características comunes. En un sentido estrictamente arqueológico, se podría decir que ambas manifestaciones se encuentran sumamente emparentadas y pertenecen a grupos culturales interrelacionados¹⁴. En efecto, hoy en día es imposible sostener –sobre la base de esta evidencia arqueológica– la hipótesis de una conquista masiva de la tierra de Canaán por parte de aguerridos israelitas, comandados por Josué y guiados por el designio divino, como señala el texto bíblico (Josué 1-12); esta imagen bíblica simplemente no tiene un fundamento histórico o arqueológico. La cuestión aquí ra-

Es imposible sostener –sobre la base de evidencia arqueológica– la hipótesis de una conquista masiva de la tierra de Canaán por parte de aguerridos israelitas, comandados por Josué y guiados por el designio divino 

dica en el sentido que esta historia poseía para los autores y el público destinatario de la literatura bíblica; uno de los sentidos de esta narrativa es la de legitimar una pose-

sión territorial y, con ella, la de afirmar los valores étnicos y sociopolíticos de una sociedad judía de fines del período helenístico, como señalan algunos investigadores¹⁵. A partir de esta perspectiva, en efecto, podemos inferir algo sumamente relevante: los antiguos israelitas que escribieron el Antiguo Testamento o la Biblia Hebrea no son la misma entidad que los israelitas modernos (esto confronta, por supuesto, con la interpretación que hace en la actualidad la propia tradición judía sobre su pasado, que señala lo contrario); y, asimismo, los antiguos cananeos de Palestina no son los antepasados de los modernos palestinos. Esta distinción –obvia quizás para un historiador atento– es pasada por alto en las recreaciones políticas de los orígenes del pueblo israelita y del pueblo palestino que en la actualidad ofrece la ideología nacionalista de ambas organizaciones, el Estado de Israel y la Autoridad Nacional Palestina.

En efecto, en la página de internet del Ministerio de Asuntos Exteriores del Estado de Israel podemos leer lo siguiente con respecto a la ciudad de Jerusalén:

14 La cuestión de la identidad de los pobladores sedentarios de comienzos de la Edad del Hierro en Palestina (ca. 1150 a.C.) ha sido debatida en los años recientes de manera considerable. Ciertamente, podemos observar la ausencia de huesos de cerdo en los sitios atribuidos a los israelitas con respecto a su presencia efectiva en otros sitios contemporáneos (algo de denotaría la existencia de una prohibición alimenticia y así, quizás, una probable diferenciación étnica); no obstante, esto no indica con seguridad que esos pobladores sean los israelitas bíblicos. Cf. Finkelstein, 1998, 7-39, esp. 18-20.

15 Cf. Strange, 1993; 2002; Davies, 1995 [1992], 90-155.

“A través de los milenios de su existencia, Jerusalén nunca ha sido la capital de alguna otra nación soberana. Jerusalén ha estado en el centro de la vida nacional y espiritual del pueblo judío desde que el rey David la hizo su capital en 1003 a.C. La ciudad se mantuvo como capital de la dinastía davídica por 400 años, hasta que el reino fue conquistado por los babilonios. A continuación del retorno del exilio babilónico en 538 a.C., Jerusalén sirvió de nuevo como capital del pueblo judío en su tierra por los próximos cinco siglos y medio”¹⁶.

Y, a continuación, podemos citar estas palabras de Menahem Begin, ex-primer ministro de Israel:

“La partición de nuestra patria [Homeland] es ilegal. Nunca será reconocida. El acuerdo de partición por parte de las instituciones e individuos firmantes es inválido. [Este acuerdo] no comprometerá al pueblo judío. Jerusalén fue y siempre será nuestra capital. Eretz Israel será devuelta al pueblo de Israel. A todo su pueblo. Y para siempre”¹⁷.

Sin duda, esta particular recreación –especialmente la idea de una continuidad ininterrumpida en la posesión de la ciudad (y la región)–¹⁸ es una fusión de elementos tradicionales de la religión hebrea (la importancia que tiene Jerusalén en el discurso teológico de la Biblia Hebrea como centro sagrado de culto)¹⁹ con propósitos políticos emanados de una tradición decimonónica europea de concebir lo nacional; esto es, toda Nación necesita un territorio en el cual cumplir su destino histórico; y esto fue rápidamente percibido por el sionismo europeo, que logró transformar con éxito un conjunto de escritos religiosos en un acta de propiedad territorial emitido por una divinidad y un sitio –sagrado a partir de sanciones religiosas– en un centro político secular para el moderno Estado de Israel. Este es el sentido, pues, de la afirmación de Begin acerca de Jerusalén como capital transhistórica del pueblo de Israel y de la re-uniión de la tierra de Israel y el pueblo de Israel.

16 <http://www.Israel.org/mfa/go.asp?MFAH00j30>, citado en Gunn, 2001, 196 (la traducción y el resaltado son míos).

17 Citado en Chomsky, 1983, 161 (la traducción y el resaltado son míos).

18 Excepto por los designios divinos: por ejemplo, el Exilio israelita a Babilonia.

19 Sobre la importancia teológica de Jerusalén, véase Thompson, 2001. Acerca de la construcción histórica y geográfica de Jerusalén en el pasado y en el presente, véase Whitelam, 2001.

El caso palestino tampoco escapa a nuestra atención. De igual manera que el sionismo de raigambre ideológica europea, aunque de factura posterior²⁰, el deseo por confirmar la antigüedad del pueblo "palestino" en Tierra Santa también ha sido explicitado. Para evitar citar de manera abusiva los estudios sobre el nacionalismo palestino, ofreceremos la cita de una breve reseña histórica

Toda Nación necesita un territorio en el cual cumplir su destino histórico; y esto fue rápidamente percibido por el sionismo europeo, que logró transformar con éxito un conjunto de escritos religiosos en un acta de propiedad territorial 

de Palestina que se encuentra en la página de internet de la representación diplomática de la Autoridad Nacional Palestina en Argentina. En ella se sostiene:

"Palestina-Canaán es una tierra mística y de invasiones, Tierra Santa y antigua, cuna de profetas y grandes sabios. Ella recibió al Padre de los profetas, Abraham (Ibrahim) para dar vida a su descendencia y en ella fue sepultado. En ella nació, predicó, murió y resucitó el palestino Isa (Jesús). Desde ella se elevó a los cielos el profeta Muhammed (Mahoma). Hacia 4000 a.C. grandes oleadas de semitas árabes se dirigieron de la península arábiga hacia las regiones conocidas como Siria, Egipto y la actual Palestina. Integrantes de esas migraciones, los cananeos habitaron esta última y le dieron su nombre: tierra de Canaán. Pronto Canaán vio brotar en su suelo ciudades densamente pobladas y muy bien organizadas. Muchas de ellas existen actualmente: Jericó, Affoula, Hebrón, Nablus, entre otras. Una rama de los cananeos, los jebuseos, fundaron 3500 años a.C. la ciudad de Salem (Jerusalem), fortaleza amurallada que honraba al dios de la paz, Salem. Con el paso de la historia Jerusalem se convirtió en la principal ciudad administrativa, política y económica de Canaán -más adelante Palestina— por obra de la llegada de los filisteos, en 1175 a.C., procedentes de Creta y Asia Menor. Ambos pueblos, cananeos y filisteos, se fusionaron armoniosamente y adopta-

20 En efecto, podríamos indicar *grosso modo* que el sionismo tuvo –irónicamente– como resultado secundario el surgimiento del nacionalismo palestino; aunque, como indica I. Pappé (2004, 50) en una historia de Palestina de reciente aparición, "si [bien] el sionismo aceleró la cristalización del nacionalismo palestino, no había creado aún la atmósfera coactiva nacional necesaria para forzar a los individuos a comprometer sus intereses individuales frente a la voluntad colectiva" (la traducción es mía).

ron el definitivo nombre de palestinos-filestinie. Su tierra se llamó desde entonces Palestina-Filestin. Palestina de cananeos, jebuseos y filisteos; de la genealogía palestina y de los arameos, amorreos, hititas, hebreos, jivitas y perizitas. Tierra de una fuerte riqueza natural que duerme sus costas sobre el Mar Mediterráneo. Tierra absorbida e invadida a lo largo de su historia. En 1020 a.C. fueron los hebreos; los persas en 538 a.C.; los macedonios en 332 a.C.; los hebreos macabeos en 160 a.C.; los romanos en 37 a.C.; nuevamente los persas en 614, cuyas fuerzas tenían fuerte presencia hebrea; los cruzados en 1099; los otomanos en 1516; los británicos en 1917, los sionistas desde principios del siglo veinte y los israelíes en 1967. Palestina también tuvo oleadas civilizadoras, como la de los bizantinos que en el 324 de nuestra era construyeron la Basílica del Santo Sepulcro de Jesús. Incluso el principio de la conquista otomana, liderada por el Sultán Soleiman Al Azzem «El Magnífico» (1520-1566), fue un hito civilizador: reconstruyó, las antiguas murallas y las ocho puertas de Jerusalem que se mantienen intactas hasta la actualidad. Sin embargo el carácter árabe de la región se consolidó definitivamente en Palestina en 638, con la noble conquista islámica por parte del generoso Califa Umar Ben Al Jattab, quien introdujo el alto espíritu de la tolerancia y la moderación musulmana. A partir de esa instancia distintas dinastías árabes de Siria (661), Irak (750), Egipto (1260), pasaron por Palestina y la embellecieron: grandes Mezquitas como la de La Roca y el Aksa, en Jerusalem, fueron construidas por el Califa Abdel Malik en 668 y su hijo Walid en 705 respectivamente. Otro de los grandes protagonistas de la saga árabe, Salah El Din Al Ayyubi (Saladino), reconquistó Jerusalem en 1187, impuso mayor tolerancia religiosa en la región y fundó en la ciudad la universidad-mezquita conocida como Madraza²¹.

En extremo revelador, este texto nos aporta importantes puntos a partir de los cuales considerar cómo el pasado es interpretado políticamente. En primer lugar, podemos observar cómo una genealogía religiosa es construida: Abraham (Ibrahim) y Jesús

21 http://www.palestina.int.ar/historia/res_historica/histo.htm (el resaltado es mío). Esta reseña histórica está hecha por el actual embajador Suhail Hani Daher Akel.

(Isa) son “proto-palestino”, el primero, y “palestino”, el segundo. De esta manera, se crea un lazo de “hermandad” entre el pueblo palestino y la ecumene cristiana. La intención política actual aquí es más que obvia. En segundo lugar, la adjetivación de “árabe” a la oleada de pueblos semitas que ingresaron a Medio Oriente hacia el cuarto milenio a.C. es gratuita puesto que no hay manera de conocer el carácter étnico específico –esto es, cómo una sociedad se percibe a sí misma– de estos pueblos semitas²². Este es, sin dudas, un intento por confirmar una presencia étnica particular en la región de modo primigenio, algo que históricamente no puede asociarse directamente con poblaciones modernas mas que de un modo estrictamente político-ideológico. En tercer lugar, observamos cómo se afirma que la ciudad de Jerusalén fue fundada por los cananeos. Y, en efecto, la evidencia disponible parece indicar que así fue²³. Con todo, el problema aquí sigue siendo el de considerar a los antiguos cananeos como antepasados directos de los modernos palestinos. Desde esta última perspectiva, está claro que la intención es señalar la propiedad de Jerusalén como “históricamente” palestina, algo que –nuevamente– no tiene fundamento histórico sino que es una interpretación estrictamente política del pasado. Otro punto importante a destacar, y en cuar-

La adjetivación de “árabe” a la oleada de pueblos semitas que ingresaron a Medio Oriente hacia el cuarto milenio a.C. es gratuita puesto que no hay manera de conocer el carácter étnico específico 

to lugar, es la mención de la llegada de los filisteos a Palestina y su “fusión armónica” (¡sic!) con los cananeos, dando lugar al origen del

nombre del territorio: *Filestín*, Palestina. A continuación se nombran otros pueblos que también llegan a Palestina desde el exterior (entre otros, los hebreos o israelitas), pero aquí son sencillamente representados como invasores. Ahora bien, ¿por qué los filisteos no son representados como invasores aun cuando son un elemento extraño a Palestina? ¿Deberíamos sospechar que el carácter armónico de la fusión entre filisteos y cananeos referida en esta reseña se debe a que los primeros dieron nombre a Palestina como entidad geográfica y, muy posteriormente, política al moderno Estado así identificado? Posiblemente, puesto que, ¿qué país habla mal de su mito fundacional? Ante esta suposición arbitraria que concibe a los antiguos israelitas como invasores, debemos indicar que los estudios arqueológicos de, al menos, el

22 Cf. Thompson, 1992, 171-177.

23 Cf. Auld y Steiner, 1996.

último cuarto de siglo sugieren que esta entidad formaba parte de la matriz cultural cananea –como habíamos indicado más arriba con relación a los rasgos de la cultura material– y su aparición en la historia de Medio Oriente hacia los siglos XII-X a.C. puede interpretarse mejor como una

Si el carácter étnico del actual conflicto palestino-israelí tiene raíces bíblicas, estas raíces son ideológicas (no están fundadas en realidades concretas de un pasado antiguo) y son un producto de un conflicto de tiempos modernos 

fase del ciclo de sedentarización-nomadización de todos los pueblos del Levante antes que como una invasión de una entidad extraña a Palestina²⁴. Los antiguos israelitas, pues, son indígenas de Palestina. En el mismo sentido, podemos cuestionar la veracidad de la sugerencia hecha en la citada reseña en torno a que la nómina de pueblos no-árabes que ocuparon Palestina a partir del siglo X a.C. aproximadamente (hebreos, babilonios, persas, griegos, cruzados, turcos otomanos, británicos y sionistas), no ha aportado nada a la historia de la región mas que elementos negativos. Solamente los bizantinos son excusados, por haber construido la Basílica del Santo Sepulcro, y el inicio de la dominación otomana, al ser caracterizada como “hito civilizador”, debido a su actividad constructiva²⁵.

De igual manera –quizás más todavía– que en la evocación del pasado del antiguo Israel que hace el moderno Estado de Israel, puede percibirse claramente el esfuerzo de la Autoridad Nacional Palestina por crear una continuidad ininterrumpida entre los antiguos cananeos y los modernos palestinos. No obstante, es aquí donde el historiador puede ejercer como árbitro que dictaminará lo históricamente probable o evidente de tales evocaciones políticas del pasado. En primer lugar, estudios recientes indican que el término “cananeo” en el antiguo Oriente no designó una característica étnica en Palestina sino, más bien, territorial o geográfica; y, del modo en que es utilizado por los antiguos escritores del Antiguo Testamento, está claro que el rol de los cananeos en esta narrativa es el de ser los enemigos ideológicos de los antiguos israelitas²⁶.

24 Este último punto de vista repite la idea bíblica de una conquista israelita de la Tierra Santa que, como ya notamos, no está atestiguada en absoluto.

25 Es evidente que una narrativa polarizada entre “buenos y malos” no puede constituirse como el objeto de construcción histórica en un estudio serio –o, al menos, profesional y metodológicamente moderno–, que contemple la complejidad de los procesos históricos; nos habla más de la pervivencia de la concepción de las sociedades antiguas de lo pasado (cf. Lemche, 2000b) en ciertos discursos políticos contemporáneos. Puede verse una (re)construcción arqueológica e histórica comprensiva de Palestina desde el periodo Paleolítico hasta el del Mandato Británico en Levy, 1995.

26 Cf. Lemche, 1999 [1991].

Aquí, entonces, puede señalarse que si el carácter étnico del actual conflicto palestino-israelí tiene raíces bíblicas, estas raíces son ideológicas (no están fundadas en realidades concretas de un pasado antiguo) y son un producto de un conflicto de tiempos modernos, de una interpretación política moderna de antiguas imágenes bíblicas. El escrutinio histórico de las sociedades de la antigua Palestina no nos ofrece un enfrentamiento concreto entre un *ethnos* israelita y un *ethnos* cananeo. Este enfrentamiento es creado por una interpretación política e ideológica del pasado bíblico, tanto por parte de los modernos nacionalistas israelíes de derecha (nos referimos a las facciones religiosas ultra-ortodoxas) como por parte de los nacionalistas palestinos.

Con relación al accionar político del sionismo, Keith W. Whitelam, en *The Invention of Ancient Israel: The Silencing of Palestinian History* (1996), ha demostrado de manera convincente cómo la fusión de nacionalismo decimonónico europeo y fervor religioso de los primeros investigadores de Palestina abrieron el camino para la ocupación israelí de Palestina, alcanzando su clímax en 1948 con la creación del Estado de Israel y en 1967 con la ampliación de la ocupación territorial a la Ribera Occidental luego de la Guerra de los Seis Días²⁷. Con todo, la asunción que uno puede inferir al leer el estudio de Whitelam acerca de que los antiguos cananeos tienen un cierto correlato con los modernos palestinos es –una vez más– una aseveración errónea. Y no sólo eso; ciertamente, puede proveer una legitimidad histórica inexistente –como ya señalamos– a la violencia producida por los reclamos territoriales²⁸. Esta violencia tiene causas que –una vez más– si son históricas, son ciertamente modernas. En todo caso, la ideología que fundamenta el accionar de palestinos e israelíes se basa en una interpretación errónea, con motivaciones políticas del presente, de la evidencia histórica. Si bien los modernos estudios históricos acerca del antiguo Israel han puesto en jaque el mito de los orígenes del sionismo decimonónico y del nacionalismo de derecha israelí –la idea de un *ethnos* israelita homogéneo ocupando Palestina a comienzos del primer milenio a.C. y estableciendo una monarquía imperial con centro en Jerusalén–, es un error asimismo considerar que la crítica de estos estudios avala una confirmación de los antiguos cananeos como “primitivos palestinos”, como sugiere la interpretación histórica que hace la Autoridad Nacional Palestina.

Llegados a este punto, podemos dirigir nuestra atención a las palabras de Th.L. Thompson, según quien, “*la etnicidad es un*

27 Al respecto, cf. Pappé, 2004, 123-193.

28 W.G. Dever (1998, 39-52, esp. 50) ha notado esta posibilidad pero, ciertamente, de una manera hartamente tendenciosa y pro-israelí.

*aspecto político, no antropológico, de la sociedad humana [...] el concepto de etnicidad es una ficción, creada por los escritores. Es un producto de la literatura: un producto de la escritura de la historia. Como tal, pertenece a aquellos que hacen esta escritura*²⁹. Esta escritura es la que observamos hoy en la Biblia; pero esta escritura es originalmente la auto-percepción de una sociedad antigua, no de nuestra sociedad moderna, a pesar de las resignificaciones que se les hayan dado a estos textos durante siglos en tanto parte del legado religioso-cultural de Occidente³⁰. Ahora bien, esta reflexión se constituye propiamente desde la perspectiva del historiador.

Todas estas narrativas poseen su legitimidad, y de ninguna manera la perspectiva del historiador puede anular la existencia de las otras. El problema consiste en evitar que legitimen actos de violencia y terrorismo ■

De un modo opuesto, tanto para el creyente israelí como para el militante palestino de nuestros días, las evocaciones políticas divergentes del pasado de Palestina constituyen efectivamente sus propias maneras actuales de dar cuenta de sus respectivos pasados, de crear sus identidades apelando a un pasado particular, de crear su “ficción étnica”, en el sentido de las palabras de Thompson. El pasado histórico del historiador es transformado, acomodado, utilizado de acuerdo a los intereses políticos del presente de uno y otro bando. Así pues, podría decirse que poseemos cuatro narrativas en la actualidad que nos hablan del pasado de Palestina: una es la voz de la tradición bíblica; otra es la interpretación actual de esa tradición bíblica por parte del moderno Estado de Israel; una tercera es la hecha por los modernos palestinos, divergente de las dos anteriores; y la cuarta y última es la del historiador. Todas estas narrativas poseen su legitimidad, por cierto, y de ninguna manera la perspectiva del historiador puede anular la existencia de las otras. El problema consiste en evitar que las más politizadas de estas perspectivas –la israelí y la palestina– legitimen actos de violencia y terrorismo. Y quizás es en este punto donde el historiador pueda otorgar de la manera más satisfactoria su dictamen, en tanto perspectiva racional en un ámbito de litigios que se supone también racional –me refiero a la diplomacia internacional–. La sola perspectiva del historiador no evitará, por supuesto,

29 Thompson, 1998, 23-24 (la traducción es mía). Sobre etnicidad y cultura material, véase Jones, 1997. Cf. también las consideraciones en Østigård, 2003.

30 Nada impide, por otra parte, que fundamentalistas modernos se hagan eco de la voz sectaria que surge de los escritos bíblicos, y aquí el historiador a duras penas puede intervenir.

que se sigan produciendo hechos de violencia a manos de los dispositivos estatales israelíes o de las facciones más radicalizadas del movimiento palestino, pero –al menos– hará que estos hechos pierdan legitimidad a los ojos de Occidente, especialmente cuando es el Estado de Israel –la potencia ocupante– quien procede, en definitiva, amparado por la tradición bíblica y no por el derecho internacional.

III

Para finalizar esta comunicación, quizás sea útil puntualizar algunas cuestiones de método historiográfico y de interpretación de la historia de la antigua Palestina que deberían ser tenidas en consideración por todo estudio de los usos y abusos de la historia en la política del presente.

La construcción histórica del pasado de Palestina en el antiguo Oriente debe estar guiada por una interpretación crítica de la evidencia arqueológica y epigráfica a nuestra disposición 

De la misma manera que una interpretación puramente historicista y literal de la narrativa del Antiguo Testamento es metodológicamente

absurda para cualquier historiador que se precie de crítico, tampoco podemos utilizar la evocación del pasado presente en el Corán como guía de nuestra construcción moderna del pasado de Palestina. Ciertamente, ambos textos sagrados recrean y evocan, aquí y allá, hechos históricos; sin embargo, sus propósitos son, en efecto, otros que los de relatar los acontecimientos “tal como han sucedido”. Esta aspiración es el “capricho” y objeto del deseo que define a la disciplina histórica moderna y no debe ser impuesta en sociedades no interesadas en esta práctica intelectual, la de evocar el pasado de manera racional. Recordemos siempre que las sociedades que produjeron la Biblia Hebrea y el Corán (*Qur’an*) eran sociedades de pensamiento mítico en las que el pasado era evocado mayormente con fines religiosos o didácticos, nunca historicistas³¹.

La construcción histórica del pasado de Palestina en el antiguo Oriente debe estar guiada por una interpretación crítica de la evidencia arqueológica y epigráfica a nuestra disposición, fuentes históricas éstas de carácter primario; y en caso de utilizar el Antiguo Testamento en tal construcción, se lo debería hacer con

31 Sobre las sociedades de pensamiento mítico, cf., en general y entre otros, Eliade, 1992 [1963]; Lévi-Strauss, 2001 [1962]; y, especialmente, Wyatt, 2001. Véase también Pfoh, 2002.

extrema cautela, dado el carácter secundario que ostenta como fuente histórica³². Por supuesto, la historia que obtendremos siguiendo esta metodología será bastante diferente de la que podemos leer en la narrativa bíblica, o incluso en ciertos estudios históricos modernos. Y, en efecto, así debe serlo; puesto que el objetivo del historiador es el de construir una historia a partir de sus propios métodos, ¡no a partir de una racionalización de una versión antigua y mítica del pasado de Palestina! En todo caso, al interpretar la historia de Palestina, no debemos confundir nuestro juicio histórico crítico con la voz detrás del discurso bíblico, una voz dirigida originalmente a una sociedad que ciertamente no es la nuestra.

Ahora bien, ¿qué consecuencias surgen entonces de la disposición interpretativa del pasado de Palestina que aquí sostenemos para el presente conflicto palestino-israelí, específicamente, en la construcción de las respectivas identidades culturales, de su pasado y de su accionar político? Pues bien, no existen respuestas satisfactorias a esto; y, de hecho, no podemos ofrecerlas concretamente aquí. Solamente podemos ensayar posibilidades. En primer lugar, es dable asumir que las respectivas interpretaciones nacionalistas israelí y palestina no acordarán demasiado con la versión del historiador crítico. La razón es sencilla: la construcción política del pasado usualmente se basa en argumentos de orden ideológico que hacen caso omiso a las dificultades presentes en toda interpretación histórica profesional. Se podría decir que el discurso político del pasado desdeña *lo pasado* una vez que satisfizo sus demandas para la acción en el presente. Se nutre de *lo pasado*, pero de manera parcial y tendenciosa; y si el pasado no cumple con las expectativas que de él se esperan, un pasado más acorde es simplemente inventado.

Una vez más, y vale la pena repetirlo: no debemos confundir el discurso ideológico o político del pasado con el discurso histórico del pasado, más allá de que este último posea –en definitiva– un inevitable matiz ideológico o sesgo cultural. De lo contrario, nunca podremos escapar de una situación en donde toda evocación del pasado será histórica y, en consecuencia, sanción de legitimidad de toda acción política en él fundada.

En este preciso sentido, nos preguntamos pues: ¿cuáles son las implicaciones ideológicas y políticas, por ejemplo, del hecho que el bíblico rey Omri, fundador epónimo del reino conocido como Byt Khumriya en el registro epigráfico asirio, sea asociado con un nombre árabe (*Umar*, u Omar) y, en consecuencia, que surja la posibilidad de pensar que el fundador, histórico o epónimo, de la

32 Sobre estas cuestiones, véase Niehr, 1997.

primera entidad sociopolítica de la historia de Palestina llamada "Israel", y atestiguada extra-bíblicamente, haya sido –de manera irónica– un árabe, como señalan algunos investigadores?³³. ¿Acaso una interpretación política actual de esta posibilidad histórica no podría proveer la fundamentación final para otorgar todo el territorio de Palestina/Israel a manos palestinas? ¿O qué sucede, por otro lado, si interpretamos literalmente los versículos del ya referido libro de Josué (1-12) en donde se conquista la Tierra de Canaán por mandato divino y se realiza una limpieza étnica de la población que allí habitaba?³⁴. Los ejemplos en este sentido pueden multiplicarse y, consecuentemente, nuestra cautela interpretativa debe extremarse, haciendo el intento por evitar que una concepción ideológica o política del pasado desplace los resultados de la propia investigación histórica, especialmente por los peligros que conlleva una lectura literal de tradiciones antiguas que, a pesar de haber sobrevivido hasta nuestros días, no nos hablan en términos culturales modernos.

Con respecto a esto, podemos citar las palabras del recientemente fallecido estudioso bíblico Michael Prior:

“Leídas con una naïveté literal, las tradiciones de la tierra de la Biblia nos predicán sobre un dios que es un nacionalista xenófobo y un limpiador étnico militarista. La confianza en la autoridad de un obsequio de tierra por parte de tal dios, entonces, es problemática para cualquier lector que pudiese presumir que la divinidad aceptaría los valores de la Cuarta Convención de Ginebra y de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, al menos. Más aún, en el nivel de la recepción, estas tradiciones bíblicas han alimentado virtualmente cada forma de colonialismo militante emanado de Europa, resultando en el sufrimiento de millones de personas y la pérdida del respeto por la Biblia. Si no fuera por su proveniencia religiosa, tales sentimientos bíblicos serían considerados como incitaciones al odio racial. En el terreno moral, por lo tanto, uno está forzado a cuestionar si la Torah provee de hecho la legitimidad divina para la ocupación de la tierra de otras personas y el aniquilamiento virtual de los pueblos indígenas”³⁵.

33 Cf. Noth, 1966 [1950], 216 n. 3; y más recientemente, Lemche, 1998a, 182 n. 35. Véase también Thompson, 1998, 23-24; 1999, 234. Esta posibilidad ha sido sugerida mas no estudiada con detenimiento.

34 Cf. Prior, 1997, 18-46; 1998.

35 Prior, 2002, 50 (la traducción es mía).

Como reflexión final, puede señalarse que no existe duda con respecto al derecho inherente a cada pueblo de recobrar su pasado del olvido, de recuperar los aspectos y las

costumbres que definen su identidad. No obstante, el historiador abocado al estudio de Israel en la antigua Palestina tiene la tarea moral de evitar que evocaciones estrictamente políticas del pasado sean utilizadas como derecho y justificación de limpieza étnica, de ocupación o de expulsión territorial. Toda evocación del pasado –decíamos al comienzo– es inevitablemente una manifestación política e ideológica en algún sentido; sin embargo, no toda evocación política del pasado es, por cierto, necesariamente histórica. El historiador crítico debe mantener presente de manera pública esta distinción y, así, hacer el intento de evitar que tal evocación de lo pasado se transforme en una legitimación de la violencia interétnica o de cualquier tipo.

El historiador abocado al estudio de Israel en la antigua Palestina tiene la tarea moral de evitar que evocaciones estrictamente políticas del pasado sean utilizadas como derecho y justificación de limpieza étnica, de ocupación o de expulsión territorial 



Bibliografía citada

- AULD, G. y STEINER, M., *Jerusalem I: From the Bronze Age to the Maccabees*, Cambridge, The Lutterworth Press, 1996.
- CHOMSKY, N., *The Fateful Triangle: The United States, Israel and the Palestinians*, Boston, South End Press, 1983.
- DAVIES, P.R., *In Search of 'Ancient Israel'*, (JSOTSup, 148), 2da ed., Sheffield, Sheffield Academic Press, 1995 [1992].
- DEVER, W.G., "Archaeology, Ideology, and the Quest for an 'Ancient' or 'Biblical' Israel", *Near Eastern Archaeology* 61/1, 1998, pp. 39-52.
- ELIADE, M., *Mito y realidad*, Barcelona, Labor, 1992 [1963].
- FINKELSTEIN, I., "The Rise of Early Israel: Archaeology and Long-Term History", en S. Ahituv y E.D. Oren (eds.), *The Origin of Early Israel—Current Debate: Biblical, Historical and Archaeological Perspectives*, (Studies by the Department of Bible and Ancient Near East, vol. XII), Beer-Sheva, Ben-Gurion University of the Negev Press, 1998, pp. 7-39.
- FINKELSTEIN, I. y Silberman, N.A., *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*, Nueva York, The Free Press, 2001.
- GRABBE, L.L., *Judaism from Cyrus to Hadrian. Vol. 1: The Persian and Greek Periods*, Minneapolis, Fortress Press, 1992.

- GUNN, D.M., "The Myth of Israel: Between Present and Past", en L.L. Grabbe (ed.), *Did Moses Speak Attic? Jewish Historiography and Scripture in the Hellenistic Period*, (JSOTSup, 317 / ESHM, 3), Sheffield, Sheffield Academic Press, 2001, pp. 182-199.
- HOBBSAWM, E.J., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 2004 [1990].
- JAMIESON-DRAKE, D.W., *Scribes and Schools in Monarchic Judah: A Socio-Archaeological Approach*, (SWBAS, 9 / JSOTSup, 106), Sheffield, Almond Press, 1991.
- JONES, S., *The Archaeology of Ethnicity: Constructing Identities in the Present and Past*, Londres & Nueva York, Routledge, 1997.
- LEMICHE, N.P., "The Old Testament—A Hellenistic Book?", *Scandinavian Journal of the Old Testament* 7/2, 1993, pp. 163-193.
- LEMICHE, N.P., "From Patronage Society to Patronage Society", en V. Fritz y P.R. Davies (eds.), *The Origins of the Ancient Israelite States*, (JSOTSup, 228), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1996, pp. 106-120.
- LEMICHE, N.P., *The Israelites in History and Tradition*, (LAI), Louisville, Westminster / John Knox Press, 1998a.
- LEMICHE, N.P., "Israel og dets land", en N.P. Lemche y H. Tronier (eds.), *Etnicitet i Bibelen*, (FBE, 9), Copenhagen, Museum Tusulanums Forlag, 1998b, pp. 11-22.
- LEMICHE, N.P., *The Canaanites and Their Land: The Tradition of the Canaanites*, (JSOTSup, 110), 2da ed., Sheffield, Sheffield Academic Press, 1999 [1991].
- LEMICHE, N.P., "Ideology and the History of Ancient Israel", *Scandinavian Journal of the Old Testament* 14/2, 2000a, pp. 165-193.
- LEMICHE, N.P., "Good and Bad in History: The Greek Connection", en S.L. McKenzie y Th. Römer (eds.), *Rethinking the Foundations: Historiography in the Ancient World and in the Bible. Essays in Honour of John Van Seters*, (BZAW, 294), Berlín, W. de Gruyter, 2000b, pp. 127-140.
- LEMICHE, N.P. y Thompson, Th.L., "Did Biran Kill David? The Bible in the Light of Archaeology", *Journal for the Study of the Old Testament* 64, 1994, pp. 3-22.
- LÉVI-STRAUSS, C., *El pensamiento salvaje*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1962].
- LEVY, Th.E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, Nueva York, Facts on File, 1995.
- LIVERANI, M., *Oltre la Bibbia. Storia antica di Israele*, Bari, Laterza, 2003.
- NIEHR, H., "Some Aspects of Working with the Textual Sources", en L.L. Grabbe (ed.), *Can a 'History of Israel' Be Written?*,

- (JSOTSup, 245 / ESHM, 1), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1997, pp. 156-165.
- NOTH, M., *Historia de Israel*, Barcelona, Garriga, 1966 [1950].
- OFER, A., "‘All the Hill Country of Judah’: From a Settlement Fringe to a Prosperous Monarchy", en I. Finkelstein y N. Na‘aman (eds.), *From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel*, Jerusalén, Israel Exploration Society, 1994, pp. 92-121.
- ØSTIGÅRD, T., "The Bible and Believers, the Power of the Past and Antiquated Archaeology in the Middle East", en J. Bergstøl (ed.), *Scandinavian Archaeology Practice – In Theory. Proceedings from the 6th Nordic TAG, Oslo 2001*, (OAS, 1), Oslo, University of Oslo, 2003, pp. 302-314.
- PAPPE, I., *A History of Modern Palestine. One Land, Two Peoples*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.
- PFOH, E.O., "Historia y teología en el Antiguo Testamento. O sobre la confusión entre discurso historiográfico y discurso mítico", *Cuadernos de Teología* 21, 2002, pp. 27-40.
- PRIOR, M., *The Bible and Colonialism. A Moral Critique*, (The Biblical Seminar, 48), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1997.
- PRIOR, M., "The Moral Problem of the Land Traditions of the Bible", en M. Prior (ed.), *Western Scholarship and the History of Palestine*, Londres, Melisende, 1998, pp. 41-81.
- PRIOR, M., "Ethnic Cleansing and the Bible: A Moral Critique", *Holy Land Studies* 1/1, 2002, pp. 37-59.
- STRANGE, J., "The Book of Joshua: A Hasmonaean Manifesto?", en A. Lemaire y B. Otzen (eds.), *History and Tradition of Early Israel: Studies Presented to Eduard Nielsen, May 8th 1993*, (VTSup, 50), Leiden, E.J. Brill, 1993, pp. 136-141.
- STRANGE, J., "The Book of Joshua – Origin and Dating", *Scandinavian Journal of the Old Testament* 16/1, 2002, pp. 44-51.
- THOMPSON, Th.L., *Early History of the Israelite People: From the Written and Archaeological Sources*, (SHANE, 4), Leiden, E.J. Brill, 1992.
- THOMPSON, Th.L., "A Neo-Albrightean School in History and Biblical Scholarship?", *Journal of Biblical Literature* 114/4, 1995, pp. 683-705.
- THOMPSON, Th.L., "Hidden Histories and the Problem of Ethnicity in Palestine", en M. Prior (ed.), *Western Scholarship and the History of Palestine*, Londres, Melisende, 1998, pp. 23-39.
- THOMPSON, Th.L., *The Mythic Past: Biblical Archaeology and the Myth of Israel*, Nueva York, Basic Books, 1999.
- THOMPSON, Th.L., "Jerusalem as the City of God's Kingdom: Common Tropes in the Bible and the Ancient Near East", *Islamic Studies* 40/3, 2001, pp. 631-647.

- TOV, E., *Textual Criticism of the Hebrew Bible*, 2da ed., Minneapolis, Fortress Press, 2001.
- WHITELAM, K.W., *The Invention of Ancient Israel: The Silencing of Palestinian History*, Londres & Nueva York, 1996.
- WHITELAM, K.W., "Constructing Jerusalem", en L.J. Greenspoon y R.A. Simkins (eds.), *"A Land Flowing with Milk and Honey": Visions of Israel from Biblical to Modern Times*, Omaha, Creighton University Press, 2001, pp. 105-126.
- WHITELAM, K.W., "Representing Minimalism: The Rhetoric and Reality of Revisionism", en A.G. Hunter y P.R. Davies (eds.), *Sense and Sensitivity: Essays on Reading the Bible in Memory of Robert Carroll*, (JSOTSup, 348), Sheffield, Sheffield Academic Press, 2002, pp. 194-223.
- WYATT, N., "The Mythic Mind", *Scandinavian Journal of the Old Testament* 15/1, 2001, pp. 3-56.



Boletín informativo

El Boletín del IRI es una publicación electrónica quincenal que difunde las actividades del Instituto y comenta los principales acontecimientos internacionales. Ud. Puede recibirlo en forma gratuita con solo suscribirse en nuestra página web

www.iri.edu.ar

o en nuestra dirección electrónica:

iri@isis.unlp.edu.ar